

la doctrina para que extraiga de ese mar a aquel primer mártir, Esteban, que guardaba en su interior el censo de Cristo, pues el mártir cristiano es tesoro de la Iglesia. Así el primer mártir que subió al cielo fué extraído del mar de este mundo para hacerle ministro del altar por Pedro, y le pesca no con la red, sino con el anzuelo, para que, por el río de su propia sangre, él mismo se levantara hasta el cielo. En su boca estaba encerrado el tesoro al dar con su palabra testimonio de Jesucristo. Pues, ¿qué otro tesoro hay en nosotros sino la palabra de Dios? Con las redes y con el anzuelo de Dios se coge al alma perfecta: para capturarla se usa la red; para purificarla, el anzuelo. A la multitud se le pesca con red, pero con el anzuelo se eligen una a una las almas. ¡Oh, quién mi diera devorar aquel anzuelo que purificase mi boca y con leve herida me diese la salud!

CAPÍTULO XIX

Entrad, hijas; entrad en las redes de los apóstoles, que son arrojadas no por autoridad humana, sino por mandato divino, pues la red de la sabiduría y de la doctrina espirituales es el reino de los cielos, como está escrito: *El reino de los cielos es semejante a la red echada al mar* (Mat., XIII, 47). Acabáis de oír cómo Nuestro Señor Jesucristo dice a Pedro: *Guía mar adentro y echad las redes para pescar* (Luc., V, 4). Antes no se introducía Pedro en alta mar cuando pescaba en el lago, porque, aunque era mar, no era mar profundo. La Escritura desconoce la alta mar. Vas a oír lo que significan estas palabras, alta mar: *Mar profundo es el consejo en el corazón del hombre* (Prov., XVIII, 4), corazón sin vado. Guía mar adentro el remo de tu duda y de tu fe y arrójale hasta el corazón del hombre. Por medio de una parábola llama en este pasaje a San Pedro al seno de la Iglesia, al que, según San Mateo, invitó Jesús con una simple palabra diciéndole: *Venid y os haré pescadores de hombres* (Mat., IV, 19).

Hay en estas palabras otro misterio: *Guía mar adentro*; porque antes estaba en la arena, cuando aun vivía en la sinagoga. El mar de Judea no era profundo. Finalmente, la samaritana juzgaba que el pozo

era hondo cuando decía: *Y el pozo es profundo. ¿Cómo puedes darme a beber el agua viva?* (Juan, IV, 11). No podía guiar mar adentro cuando profesaba la fe de los judíos, los cuales eran incapaces de extraer el agua del pozo. Por eso se dice a Pedro: *Guía mar adentro*, es decir, entra hasta Cristo, porque Cristo es profundo. Dijo el padre, refiriéndose a El, las palabras que siguen, dirigidas a San Juan Bautista: *Y tú, niño, serás llamado el profeta del Altísimo* (Luc., I, 76). Guía, pues, hasta Cristo, que es muy profundo. *En El está la profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios* (Rom., XI, 33). *Guía a alta mar*, porque Cristo es más alto que todos y guarda y eleva a los humildes.

Hay profundidad en las almas en las que mora Cristo; es decir, que son almas de fe y que temen al Señor, como aquellas que dice: *¡Oh Dios, te vieron las aguas, te vieron y tuvieron miedo* (Salm., LXXVI, 17). Entre los judíos no había profundidad porque no había convicción íntima en sus corazones; de aquí que dijera de ellos el Señor: *Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de Mí* (Mat., XIV, 8). A Cristo le gusta residir en el corazón: *Como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará también el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches* (Mat., XXII, 40). Y para que sepas que habla de la fe, al decir: Guía mar adentro responde Pedro: *Maestro: nada hemos recogido a pesar de haber trabajado durante toda la noche, mas por tu mandato echaré las redes* (Lucas, V, 5). Estaba el alma de Pedro como envuelta en la noche antes de ver a Cristo, pues aun no le había amanecido el día, aun no había visto la verdadera luz. La sinagoga es la noche y la Iglesia el día. Por eso dice San Pablo: *Ya pasó la noche, el día ya ha aparecido* (Rom., XIII, 12). Buena fué aquella luz, que dispó la oscuridad de la perfidia judaica y trajo el día de la fe. Pedro fué hecho día, y también Pablo, y por eso hoy, día de su natalicio, dice en su oficio el Espíritu Santo: *El día transmite su palabra al día* (Salm. XVIII, 3), es decir, predicar la fe de Cristo desde lo más profundo del tesoro de su corazón y son buenos días estos dos apóstoles porque nos manifestaron la verdadera luz.

Esto se lee en el Evangelio, y tal vez sea hoy el tema de la conversación entre Jesús y Pedro refiriéndose a nosotros, pues todos los días se ejercita Pedro en pasear y cada día le dice el Señor: *Guía mar adentro* y me parece que Pedro le responde: *Maestro, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada*. Ahora es de noche y muy pocos son los que asistieron a las vigiliias. Trabajan en nosotros Pedro y Pablo cuando somos fervorosos, pues acabáis de oír: *¿Quién está enfermo que no lo esté yo también?* (II Corin., XI, 29). No hagáis trabajar en balde a los apóstoles. Por eso dicen al Señor: *Hemos bregado toda la noche y no hemos pescado nada*. Seguramente que ninguno de los ricos ayunó ayer. A éstos dice muy bien San Pedro: *Vivid con temor mientras moráis en vuestro destierro, debiendo saber que no habéis sido rescatados de vuestra vida vana con plata y oro, que son bienes corruptibles, sino con la sangre de Jesucristo, como de cordero sin mancha e inmaculado* (I Pedro, I, 18-19). No os rescató, según esto, ni el oro ni la plata, sino vuestra profesión de fe, más preciosa que el oro, que perece.

El siervo bueno procura reponer el precio que su amo ha entregado por su compra. Hija, no amontones oro ni plata: no hemos sido rescatados por Cristo con estas riquezas materiales. Ten preparado el precio. No siempre te lo exigirán, pero siempre pesa sobre ti esa deuda. El entrega sangre, luego sangre debes; El da por ti, devuélvele tú también. Habíamos sido entregados en fianza a un mal acreedor por nuestros pecados; firmamos el pagaré de la culpa: debíamos pagar con sangre; vino el Señor y ofreció su sangre por nosotros, porque tú no puedes pagar con sangre.

Como el buen siervo debe devolver a su amo el precio de su rescate; mas ya que no pueda satisfacer esa obligación, al menos no se haga indigno del precio entregado. Así, tú hazte también digna del rescate que en tu lugar se ha satisfecho, no sea que venga Cristo, que te limpió, que te redimió, y, si te encontrase envuelta en pecados, te diga: *¿Qué utilidad hubo en que yo derramase mi sangre?* (Salm. XXIX, 10). *¿Qué te aprovechó a ti el que yo bajase al sepulcro?*

Pero no te sorprendas al oír cómo pudo bajar al lugar de la corrupción Aquel cuya carne, según está escrito, *no experimentó la corrupción* (Act., II, 24 y sigs). Bajó, sí, al lugar de la corrupción; pero, como estaba El incorrupto, desechó la corrupción de aquel lugar.

CAPÍTULO XX

Después de lo dicho, para volver a tomar el hilo del discurso os pido roguéis a Dios que yo merezca oír el *Guía mar adentro y arrojad las redes para la pesca*. ¿Quién hay que sin la ayuda divina pesque a esta muchedumbre, sobre todo cuando tantas tempestades y borrascas del mundo se oponen a ello? Mas cuando el Señor quiere, manda echar las redes y se pesca una gran multitud de peces, de suerte que no se llena una, sino dos naves, porque muchas son las iglesias que rebosan de fieles. Y ya conocía el Señor que habíamos de tener mucho trabajo cuando nos envié la ayuda de otros compañeros. Aquí tenéis al pescador de la Iglesia de Bolonia, muy diestro en el arte de pescas. Da, Señor, peces, ya que me diste ayudas.

Mas no creáis que usamos redes propias; usamos las de los apóstoles. ¡Oh hijas, que ese vuestro rebaño se sienta conducido a esos lugares abrigados y apartados de las enseñanzas apostólicas!

¡Que Pedro os vivifique con su doctrina, hijas El, que intervino en favor de una viuda (Act., IX, 39-40). ¡cuánto más lo hará por una virgen! ¡El, que no pudo sufrir que se prolongase por mucho tiempo el llanto de las viudas, resucitó a la sirvienta que tanto las ayudaba!

Que os vivifique Pablo; él que os incita a ser fieles a vuestra vocación de vírgenes recomendando se os preste honor (I Tim., V, 3); él, que dijo: *Bueno es que permanezcan como yo* (I Cor., VII, 8); que os enseña a ser fieles con su doctrina y que os arrastra con su ejemplo (Mat., IV, 20 y siguientes). Anímeos la conducta de aquel que abandonando todo siguió al Señor. Le siguió Pedro y le siguió Juan.

Medita además en las ventajas que consiguió este pescador. Mientras buscaba su sustento en el mar, halló al que es la vida de

todos. Dejó la barquichuela y encontró a Dios; dejó el remo y encontró al Verbo; arrojó las redes al mar y la fe quedó prendida entre sus mallas; las plegó y sacó hombres; despreció el mar y consiguió el cielo. Mientras zozobraba Pedro sobre las olas agitadas después de la Resurrección, sobre esas aguas movedizas cimentó en la roca las voluntades vacilantes de los hombres.

Ejercitemos con frecuencia el arte de la pesca para que nuestra fe sea más firme. Cuanto más despreciable sea la condición del pescador, tanto más resalta la obra del apóstol: si es pobre, reportará mayor fruto; si aparece inepto para tan sublime ministerio, ganará más almas para Dios. Cuanto menos se aprecie a la persona del pescador tanto más meritoria será la fe, porque la doctrina que predica no es suya, sino de Dios. El que descienda de humilde cuna hace que no se estime la ciencia humana y que se aprecie más la divina. El que no estudió la ley y penetra el sentido de la ley, él mismo es para sí la ley. El que no aprendió la ley y habla de cosas que están sobre la ley recibió este conocimiento de quien promulgó la misma ley (Rom., II 14 y 15).

¿Cómo le vino a Pedro honor tan repentino? Dos pescadores hablaban en el monte Tabor, el uno con el promulgador de la ley, Moisés, y el otro con el ejecutor, Elías (Mat., XVII, 1 y sigs.). Ahora ved quién es este pescador. Levantado Moisés sobre todo lo terreno y sobre todo conocimiento humano, se remontó su espíritu hasta el cielo y los astros; Pedro no se ve envuelto por la niebla, ni se halla entre tempestades, ni es excluído de los secretos misterios del cielo, sino que, remontándose sobre todo lo corpóreo, vió al Verbo junto a Dios y que el mismo Verbo era Dios: le vió y no dudó Pedro al contemplarle (Juan, I, 1 y sigs.), a pesar de su natural miopía; al contrario, reconoció al Hijo de Dios en el hombre (Mat., XVI, 17), de suerte que al ser asumida la naturaleza humana quedó agregada a la naturaleza divina, llevando con derecho el nombre de la naturaleza del que la elevó; es decir, que propiamente le llamamos Jesucristo Dios y Hombre verdadero.

Al decir Moisés: *Y dijo Dios... e hizo Dios...* (Génes., I, 3 y sigs.) significó al Padre y al Hijo, pero él no lo ignoraba; yo sí que lo

ignoraba todavía. Finalmente, después de promulgada la ley, el pueblo prevaricó; después de anunciado el Evangelio, el pueblo creyó. En ambas manifestaciones del gran poder de Dios se muestra grande la gracia divina: en el Antiguo Testamento, porque hizo la descripción del mundo como cosa por El bien conocida; en el Nuevo, porque no quiere tener nada con el mundo; es decir, se alejó de él porque el mundo no quiso reconocerle.

“EXHORTATIO VIRGINITATIS” DE SAN AMBROSIO

Este libro, publicado en 393 ó 394, es un sermón que predicó San Ambrosio en la consagración de la Iglesia de los santos mártires Vidal y Agrícola.

Para evitar el encuentro en Milán con el emperador Eugenio, que quería restablecer el culto de los ídolos, San Ambrosio se retiró a Bolonia. Mientras residía en esa ciudad, por revelación divina, según parece, hecha a nuestro santo, se hallaron los cuerpos de los santos mártires Vidal y Agrícola y celebró su traslación solemne. Al saberlo, los florentinos instaron a nuestro santo a que fuese a Florencia para consagrar la nueva iglesia construída a expensas de una viuda llamada Juliana. Accedió San Ambrosio a sus ruegos, aunque tenía dispuesto ir a otra parte (capítulo I). Llevó consigo algunas reliquias de los santos mártires, que depositó solemnemente en la nueva iglesia por él consagrada, denominada por este motivo ambrosiana. En esta solemnidad predicó el sermón que forma el tema de este tratado. Todo esto lo manifiesta San Ambrosio en el exordio y especifica además cómo fueron exhumados los cuerpos, las reliquias que, como trofeos, les trae a este banquete de la dedicación del templo, que son los clavos, la sangre triunfal y la cruz en que fueron martirizados los santos mártires Vidal y Agrícola. Dice que no pudo negarse a esa invitación al saber que Juliana, no contenta con haber empleado todos sus bienes en levantar el nuevo templo, había consagrado además toda su familia e incluso a sí misma al servicio de Dios. Como primicias de esa oblación presenta al padre, que, cumplidos perfectamente sus deberes conyugales, se ordenó de diácono con el consentimiento de sus esposa, mas al poco tiempo murió. Juliana, su mujer, después de este corto noviciado de continencia que imponía ya el diaconado aun a los casados, quiso consagrar su viudez con perpetua y solemne profesión de castidad, pero deseó que sus tres hijas y su hijo imitasen el ejemplo de sus padres. Para avivar en ellos ese deseo de abrazar el estado de perpetua virginidad les dirigió una

patética exhortación, compuesta, sin duda, por San Ambrosio, ya que tiene todas sus cualidades de estilo y elocuencia (cap. III y sigs).

Se dirige primero al hijo, que todavía no había salido de los años de la adolescencia, y le explica por qué le impusieron el nombre de Lorenzo. Le dice que su padre y ella desesperaban ya de tener un hijo varón y, deseosos de tener uno que se consagrara al culto de los altares, se encomendaron al gran mártir español San Lorenzo y por su intercesión le lograron. Imitando el ejemplo de Ana, que consagró a Dios su hijo Samuel, así ambos lo dedicaron al santo protector. Le ruega que, haciendo caso de los votos paternos, libremente satisfaga ese compromiso santo por ellos contraído.

Habla luego a las hijas y les enumera los trabajos del matrimonio, les contrapone las ventajas de la virginidad y encarecidamente las aconseja que también ellas se consagren a Dios haciendo profesión de vírgenes. Con nuevas razones, y cada vez con más entusiasmo, se dirige ya al hijo, ya a las hijas, ya a los cuatro conjuntamente, les invita a que satisfagan las ansias de su madre, dándose por bien pagada de los trabajos sufridos, de la pérdida de su virginidad y de la viudez y soledad que padece si ellos de buen grado aceptan su proposición. No fué vano su empeño. Lorenzo recibió el orden del lextorado (cap. VIII) y las tres hijas profesaron virginidad, según la costumbre de la Iglesia, y la guardaron fielmente en la casa materna (cap. XIV).

Al elocuente discurso de Juliana quiso el santo doctor añadir sus consejos (cap. IX). Recuerda a las tres hijas el oficio de las vírgenes, los ejercicios propios de ese estado, la conducta que han de observar para cumplir, en unión de su madre, las reglas de su profesión (cap. XI). Propónelas ejemplos de vírgenes que han de imitar, y especialmente el de su consanguínea Santa Sotera, virgen y mártir. Entre otros detalles de su martirio, las cuenta cómo, para sacrificar a Dios lo que en otras es causa de perdición y que ella había guardado cuidadosamente velado, la hermosura de su rostro, descubriéndola únicamente en el momento de su martirio, presentó su cara para que recibiese los ultrajes y bofetadas del verdugo y quitar de esa manera

el peligro que podía correr su castidad(cap. XII). Las recomienda la asidua lectura de los sagrados libros, la modestia, el silencio; que se guarden de jurar, de frecuentar las casas de sus vecinas para evitar los chismes y conversaciones impropias de su estado; las anima a soportar en silencio las injurias y críticas de los detractores: para ello les presenta como modelos a Susana, José y Job, que supieron soportar con paciencia las heridas mordaces de la lengua y Dios se encargó de publicar y vindicar su conducta (capítulos XI,XII y XIII). En el capítulo XIV pinta a la viuda Juliana, que se dirige al templo como una reina, cortejada por las tres hijas, a quienes presenta como el reino y las verdaderas joyas de tan santa madre. Y al entrar en la iglesia oyen la bien timbrada voz del hijo del hermano, que canta salmos y lee las sagradas Escrituras llenando de santo orgullo a aquella matrona, que mira como propio todo lo que hay en aquel sagrado recinto. Finalmente, el santo dirige una tiernísima oración a Dios, en la que le pide que se muestre siempre propicio a las súplicas de los fieles, que reciba la ofrenda eucarística que se le ofrecerá en adelante en aquel nuevo templo y, sobre todo, que al mirar la hostia sacrosanta, que quitó los pecados del mundo, mire a esas hostias vivas, las bendiga y premie la generosidad con que se han desprendido de los bienes terrenos para levantar un templo a su gloria y la oblación de su virginidad le sea siempre grata.

EXHORTACIÓN A LA VIRGINIDAD

CAPÍTULO PRIMERO

Los que son invitados a un gran banquete acostumbran llevar consigo regalos. Yo, que he sido convidado al banquete de Bolonia, donde tiene lugar la traslación del santo mártir, os he reservado un presente de santidad y gracia. También en las entradas triunfales de los príncipes es costumbre que se repartan regalos; mis obsequios son a su vez de triunfos, pues los triunfos de Cristo son las palmas de los mártires. No venía yo aquí; mas, ya que me habéis invitado, deber mío es traeros lo que llevaba para otros y no venir aquí más pobre, ya que tanto lo soy en mi persona, bastante más de lo que os imagináis; con todo, encontraréis mi valor acrecentado por el del mártir.

El nombre del mártir es Agrícola, de quien fué antes siervo Vidal y ahora compañero y colega en el martirio. Precedióle el siervo para preparar el lugar; le siguió el amo, seguro de hallarlo prevenido por la fe del criado. No alabamos cosas que no pertenezcan a San Agrícola, porque el martirio del criado fué escuela del amo. El criado dió la lección y el amo la llevó a la práctica. Con esto no pretendo rebajar los méritos de Agrícola. ¿Cómo puede haber mengua en lo que es don de Cristo? Vidal, sirviendo a un hombre, aprendió admirablemente cómo se agrada a Cristo: Vidal merece doble alabanza porque fué maestro y porque fué mártir. Hubo una pugna entre ambos en hacerse favores una vez que lograron igualar su condición. El siervo corrió antes al martirio y el amo le dió alcance.

El que uno sea libre o esclavo no impide el ser recomendable: no es la alcurnia la que da el mérito, sino la fe. Siervos o libres, todos somos iguales en Cristo y *cada uno recibirá del Señor según el bien que haya hecho* (Efesios, VI, 8). Ni la esclavitud rebaja ni el ser libre sublima. Fíjate en aquello sólo en quien no cuenta para nada la condición personal. Te dice el apóstol: *¿has sido llamado de la*

esclavitud? No te dé cuidado... El que siendo siervo fué llamado por Dios a la fe es liberto del Señor. Igualmente , el que siendo libre fué llamado por el Señor es siervo de Cristo (Cor., VII 21 y 22).

Fíjate bien en la fuerza de las palabras del apóstol. Se considera que favoreció más a quien era de condición servil que al que era de condición libre al ser llamados, pues del siervo hizo un liberto de Cristo; por el contrario, del libre hizo un siervo de Cristo. Mas ni a uno ni a otro mejoró: repartió a ambos con la misma medida. En efecto, a los ojos de Dios la servidumbre y la libertad se pesan en la misma balanza y en nada se diferencian los méritos de una buena esclavitud y de una buena libertad, porque no hay mayor dignidad que servir a Cristo. Al fin y al cabo, San Pablo se llama a sí siervo de Jesucristo (Rom, I, 1); esta servidumbre es gloriosa y de ella se enorgullece el Apóstol. ¿No es, en efecto, sumo honor el haber sido considerados dignos de un precio tan subido como es el haber sido redimidos por la sangre del Señor? Pero continuemos el relato.

Como fuese San Vidal impelido por los perseguidores a renegar de Cristo y él confesase con más insistencia a Jesucristo Nuestro Señor, y como le aplicasen todo género de tormentos, de suerte que no dejaron parte de su cuerpo sin herida, dirigió al Señor esta oración: “!Señor mío Jesucristo, mi Salvador y mi Dios: manda que sea recogido mi espíritu, pues ya deseo recibir la corona que me ha mostrado tu santo ángel!” Y acabada esta plegaria, expiró.

A San Agrícola se le consideraba de un natural más manso, y por eso era amado hasta por los mismos verdugos: por esa causa diferían su martirio; pero ese honor que sus perseguidores le daban resultaba, en realidad, una crueldad mayor, pues tenían envidia de su martirio. Al fin, cuando vieron que no cedía, le crucificaron, para que nos demos cuenta de que aquellas condescendencias no procedían de buena voluntad, sino del deseo de engañarle. Lo que pretendían era amedrentar al amo con el tormento del criado; pero Cristo trocó esto mismo en una gracia, a saber: que el amo imitase el martirio del criado.

Sus mismos nombres era como presagio de martirio, les predestinaban a ese gran honor. El uno se llamaba Vidal para indicar

que con el desprecio de la presente vida no pretendía más que la conquista de la otra, verdadera y eterna, del cielo. El otro, Agrícola, como buen labrador, debía sembrar los escogidos frutos de la divina gracia y con la efusión de su sangre regar los planteles de sus méritos y virtudes.

Los cuerpos de los mártires estaban enterrados en el suelo de los judíos, entremezclados con sus muertos. Ambicionaron tener juntas sus sepulturas con las de los siervos de aquel Señor a quien negaron. Lo mismo que en otro tiempo Balaán, cuando decía: *Muera mi alma entre las almas de los justos* (Núm., XXIII, 10), sin querer imitar en vida la conducta de aquellos entre cuyas almas deseaba morir. Lo mismo hicieron éstos: a los que persiguieron vivos les honraron después de muertos. Allí buscábamos las reliquias del mártir como quien recoge la rosa entre las espinas.

Mientras estábamos extrayendo las sagradas reliquias nos veíamos asediados por los judíos; el pueblo fiel estaba también allí, aplaudiendo lleno de gozo. Decían los judíos: *Han aparecido las flores en nuestra tierra* (Cant., II, 2), al ver los cuerpos de los mártires, y los cristianos respondían: *ha llegado el tiempo de la poda* (Cant., II, 12). *Ya el que recoge recibe galardón* (Juan, IV, 36). Otros sembraron y nosotros recolectamos los frutos de los mártires. Oyendo nuevamente los judíos los aplausos de la Iglesia, decíanse unos a otros: *Se ha oído en nuestra tierra la voz de la tórtola* (Cant., II, 12). Por eso tiene magnífica aplicación lo que acabáis de oír: *El día repite una palabra al día y la noche transmite su ciencia a la noche* (Salm. XVIII, 3). *El día a día*, el cristiano al cristiano; *la noche a la noche*, el judío al judío. Con este lenguaje daban a entender los judíos que reconocían la sabiduría de los mártires, pero no la ciencia del Verbo; es decir, no la ciencia del que es sólo bueno y sólo veraz: *Pues siendo ignorantes de la justicia de Dios, y queriéndose justificar, rechazaron la sabiduría de Dios* (Rom., X, 3).

CAPÍTULO II

Os he traído, pues, dones que yo mismo he recogido con mis propias manos, es decir, los trofeos de la Cruz, cuya virtud reconocéis en sus obras. En efecto, hasta los mismos demonios la publican. Que otros amontonen oro y plata, que lo extraigan de las venas ocultas de la tierra; que tejan guirnaldas preciosas de collares: todo eso son tesoros materiales y con frecuencia dañan a sus poseedores; nosotros recogemos con cariño los clavos del mártir, y por cierto muchos, pues hubo en su cuerpo más heridas que miembros. Al sacar los clavos diríase que gritaba el mártir al pueblo judío: *Mete tus manos en mi costado y no quieras ser incrédulo, sino fiel* (Juan, XX, 27). Recogimos también la sangre triunfal y el leño de la Cruz.

No me fué posible negar estos preciosos dones a esta santa viuda que me los pidió. Recibid, pues, estos presentes de salud que ahora encerramos dentro de los santos altares. Esta santa viuda es Juliana, la que preparo este templo al Señor y se lo ofreció, templo que hoy consagramos; en verdad que es digna de este obsequio, pues ya había antes consagrado a Dios en sus hijos templos de pureza y de virginidad. Cuando quise decir Juliana dije Judea. No fué un desliz de lengua; más bien fué una cosa premeditada, que expresó lo que quería significar, pues Judea es el alma que confiesa a Cristo, como dice el salmo: *El Señor es conocido en Judea* (Salm., LXXV, 2), es decir, donde era conocido, no donde era negado. En la Judea espiritual, porque en ella era mayor y más sincero el número de creyentes en Dios. *la salvación está -dijo Jesús- de parte de los judíos* (Juan, IV, 23). mi equivocación ha dado testimonio de la virtud de esta santa viuda.

Honremos a esta viuda, porque está escrito. *Honra a las viudas que son verdaderamente viudas* (I Tim., V, 3). aunque no ambiciona nuestros aplausos la que supo atenerse de manera tan perfecta a los mandatos del Apóstol, siéndole testimonio de su vida sus buenas obras educando e instruyendo perfectamente a sus hijos. ¿Quién no la compadeció cuando perdió a su marido y no la reputó sin apoyo y

desgraciada? Pero ella lloró en el difunto más al ministro de los sagrados altares que al esposo y al padre de sus hijos, aunque se quedaba sin la ayuda y consuelo del marido.

CAPÍTULO III

Reprimió los desahogos naturales, y viéndose rodeada de tres hijas y de un hijo, lo que suele arredrar a otras madres, a ella le infundió fortaleza y tuvo con ellos este coloquio: Hijos: habéis perdido al padre pero os queda la madre. Mejor hubiese sido este cambio: que viviese vuestro padre y que os faltase la madre. Con todo, aunque débil y desolada, os muestro, si queréis seguir mi consejo, el modo cómo creáis que el padre no ha muerto para vosotros: tenéis un padre mejor en el cielo. Es el que os deparó estos padres visibles. ¿Qué más podéis esperar? Vuestro padre fué rico en gracia, no en dinero; opulento por su ministerio, no por su patrimonio; la herencia que os lega es la fe, gran riqueza según Dios, pero pobreza a los ojos del mundo. Os dejó suficientemente ricos con tal que imitéis su vida. Sólo os legó la fe, pro indiviso para ambos sexos, que es renta de los hombres y dote de las vírgenes.

Y tú, hijo mío, más parecido al padre, reconoce lo que debes a la madre y procura conservar el buen nombre de la casa. Eres joven, pero te toca la herencia. *Hijo alégrense en ti tu padre y tu madre* (Prov., XXIII, 25). No desprecies a tu madre como si fuese ignorante. *El rey prudente es aquel a quien enseñó su madre*, dice la Escritura. ¿Qué será el hijo que guarda los consejos de Dios? ¡Oh primogénito, a ti me dirijo, hijo mío! *¿Qué será el hijo de mis entrañas? ¿Qué fruto de mis oraciones? No entregues a ninguna mujer tu honestidad* (Prov., XXXI, 1 y sigs.). Oye lo que te dice el sabio, lo que la Escritura asevera.

Considera quién te ayudó para que vinieses al mundo: eres hijo de mis deseos más que de mis dolores. Piensa además a quién te ofreció tu padre al ponerte el nombre de Lorenzo. En aquél depositamos

nuestras esperanzas cuyo nombre llevas. Conseguimos lo que pedimos; ahora tú devuelves al santo mártir lo que le debes. El te consiguió; restitúyete lo que le prometimos al imponerte su nombre.

Hijo mío, ¿qué cosa mejor vas a elegir que al Dios de tus padres? El hace a los pobres y a los ricos, a los humildes y a los potentados, levanta de la tierra al necesitado y saca del cieno al desvalido, haciéndole sentar con los magnates en el tribunal del honor y de la gloria. El cumple el deseo del que le pide, bendice la vida del justo. ¿Qué cosa más excelsa, hijo mío? ¿Y qué es la vida del hombre sobre la tierra sino la veloz carrera del atleta?. En efecto, corremos por la vida y nada vemos (Job, IX, 25). ¡Ojalá imitésemos a ese atleta: que no viésemos nada y nada llevásemos de carga inútil! Pero nos acontece algo peor: corremos en vano y vamos cargados de cosas inútiles, pues cargas inútiles y nada livianas, antes nocivas, son las obras pecaminosas. Por eso dice el santo Job: *¿No es acaso una tentación la vida del hombre sobre la tierra o su vida como la del jornalero? Y como el siervo que teme a su amo, que encontró una sobra, y como el obrero, que aguarda el jornal del día, así yo he esperado en vano y me han dado en pago malas noches. Si me llegaré a dormir, me digo: ¿Cuándo amanecerá? Y cuando me levanto: ¿Cuándo anochecerá? Mi vida es menos consistente que una pavesa. Mi vida se desvaneció sin ninguna esperanza* (Job, VII, 1 y sigs.). Nada es, pues, el hombre si no fijas, Señor, tus ojos en él y le visitas en todo tiempo y le conduces al lugar del reposo. El árbol, cuando se le corta, retoña y florece al contacto de la humedad; si muere el hombre, no queda nada y sobre él llueven los dolores.

Si queréis, hijos míos, evitar tantas calamidades, observad la virginidad, que os aconsejo pero que no os impongo. La virginidad es una virtud aconsejable, no de precepto; es cosa voluntaria y no impuesta. Lo que es gratuito no se impone; únicamente se desea: es de elección más que de imposición. Por eso dice el Apóstol: *No tengo mandato del Señor acerca de las vírgenes; doy un consejo, como quien ha conseguido misericordia del Señor* (I Cor., VII, 25). Había leído San Pablo que dijo el Señor a los continentes: *Los que*

guardaren mis mandamientos y eligieren lo que es mi voluntad y abrazaren mi ley, les sentaré en mi casa y les daré un lugar preeminente en mi ciudad, mejor sitio que el de los hijos y de las hijas; les daré un nombre eterno y no morirán (Isai., LVI, 4-5). Os daré, dice, un lugar preeminente; y se lo dice a los continentes, es decir, a los que se abstuvieron, como mutilados, de los placeres carnales. Estos, éstos son los que tienen en el cielo premios más ricos que los demás.

A éstos se refería el Hijo de Dios. Cuando le preguntaban los apóstoles: *Porque si esto ha de hacer el hombre, que no le sea lícito repudiar a su mujer sino por causa de fornicación, no conviene casarse* el Señor les respondió: *Mas no todos comprenden estas palabras, sino aquellos a quienes les ha sido otorgado* (Mat., XIX, 10-11), es decir, no lo comprende la flaqueza de la naturaleza humana, esto es claro; tan sólo es fácil de comprender para aquellos a quienes iluminó la gracia divina para que puedan abstenerse y, por este medio, conseguir el reino de los cielos.

CAPÍTULO IV

Ya habéis oído, hijos míos, los grandes premios reservados a la virginidad. Se consigue un reino y el reino de los cielos muestra la vida de los ángeles. Esto os aconsejo; no hay nada más hermoso: que seáis entre los hombres ángeles, los cuales no se ligan con matrimonio (Mat., XXII, 30). Porque las solteras y los que no toman esposa son como ángeles en la tierra, de suerte que no sientan el aguijón de la carne, desconozcan la servidumbre, se vean libres del contagio de los pensamientos mundanos y tengan fija su alma en la meditación de las cosas divinas, para que, como si estuviesen despojados de las flaquezas del cuerpo, piensen no en las cosas propias del hombre, sino en las de Dios.

Considerad, hijas mías, cuántas cosas os faltan, siendo huérfanas de padre, si queréis contraer matrimonio. Os falta rica dote, y aunque

la tuvierais copiosa compraríais, no obstante, a subido precio vuestra esclavitud. Pues, ¿quién no despreciará a las que carecen de padre? ¿En quién os ampararéis? ¡A dónde iréis a buscar apoyo contra los ultrajes de los maridos? ¡Cuántas dificultades hay en los mismos matrimonios! A veces, ¡cuántas disensiones, cuántas cadenas!

En primer lugar, el mismo matrimonio es de suyo un yugo por el que la mujer se sujeta al marido y se ve amarrada a su servicio. Es cierto que el vínculo del amor es bueno; pero no deja de ser una atadura, de la que no puede soltarse la casada cuando quiere, ni la deja tampoco en libertad de hacer lo que quiere. Finalmente, dice el apóstol: *No es la mujer la que tiene poder sobre su cuerpo, sino el varón* (1 Cor., VII, 4). ¿Y qué extraño que la mujer no le tenga, siendo así que tampoco le tiene el hombre sobre sí, sino la mujer? Si el que es más fuerte no tiene poder sobre sí mismo, ¡cuánto menos el sexo débil! El que esta esclavitud sea común a ambos cónyuges no desliga a la mujer, antes la sujeta más.

Sed imitadoras de tan sublime apóstol, seguid su ejemplo: él no quiso casarse para poder ser un encadenado de Jesucristo. Sin duda que no hubiese sido tan fecundo su apostolado de haberse sometido al yugo del matrimonio.

Ahora bien, si un apóstol tan eminente en ciencia, que poseía el don preciosísimo de Cristo, juzgó de mucha importancia el abstenerse del matrimonio que se quedó célibe para no verse impedido en el ejercicio de su ministerio, para poder entregarse en todo momento a la oración y al cumplimiento de los divinos preceptos, de los que seguramente le separaría en agradar a su esposa, ¡qué os convendrá elegir a vosotras, a quienes solamente la virginidad puede hacer libres? Porque la que se casa, a sí misma se entrega en servidumbre con su propia dote. Se compran en mejores condiciones los esclavos que los matrimonios: en los esclavos se compra la servidumbre, en los matrimonios se añade la dote a la servidumbre. La doncella que se vende pesa lo que el oro y vale lo que el oro.

Mucha experiencia tengo, hijos, de los deberes del matrimonio, de sus bajezas, y eso habiéndome cabido en suerte un buen esposo; mas,

con todo y ser tan bueno, no fuí libre: servía al marido y me costaba trabajo en complacerle. El Señor se apiadó de mí y le hizo ministro del altar; mas al poco tiempo nos fué arrebatado a vosotros y a mí, y bien pudo ser una bondad del Señor para que no se creyese mi marido.

Aquí tenéis, hijos míos, a una madre envejecida en los dolores y aun sin los años exigidos para la viudez. Me veis desprovista de todo apoyo y sin la virginidad. Ni tengo marido ni soy virgen. No me cuido de mí: lloro y miro por vosotros. Me quedan las cargas del matrimonio y se me fueron las ayudas. ¡Cuánto hubiera dado por no haberme casado!

Con todo, podéis excusar al padre y aliviar la pena de la madre si lográis conservar en vosotros lo que uno y otro hemos perdido. Esto sólo bastaría para no arrepentirnos de habernos casado: el ver que os ha sido útil nuestra solicitud. Creeré que ser madre de vírgenes es casi tanto como el haber conservado la virginidad. Hijos míos, considerad qué madre se escogió Nuestro Señor Jesucristo para venir a este mundo. Para dar la salud a los hombres vino por medio de una Virgen, y por medio del parto virginal se borró la caída de la mujer; que también vuestra virginidad borre mis yerros.

Apreciad lo que vale la virginidad. Es bien evidente que me veo privada de sostén y que necesito ayuda; pero si quisierais permanecer en el estado en que estáis no buscaré el socorro de nadie: abundaré en riquezas con la opulencia de vuestra virginidad. ¿Quién no llamará dichosa a la que ahora tienen por desgraciada? ¿Quién no honrará a la madre de tantas vírgenes? ¿Quién no venerará la morada del pudor?"

CAPÍTULO V

A muchas mujeres mencionó la Sagrada Escritura, pero la palma de la salvación de los pueblos se otorgó sólo a las vírgenes. En el Antiguo Testamento, cerrado el paso por mar y tierra al pueblo hebreo, una virgen le condujo a pie enjuto sobre los mares (Exod.,

XV, 20). En el Evangelio vemos que una Virgen engendró al Autor y Redentor del mundo (Luc., I,27). Virgen es la Iglesia (II Corintios, XI, 2), a la que el Apóstol procuró dar a Cristo virgen y casta; virgen es también la hija de Sión (Isaí., XXXVII, 22); virgen es además la ciudad de la Jerusalén (Apoc., XXI, 27), que está en los cielos, en la que no entra nada manchado ni nada común; virgen asimismo aquella a quien Jesús llama, y a la que dijo: *Preséntate aquí desde el líbano, ven aquí del Líbano; pasarás y repasarás desde el principio de la fe* (Cant., IV, 8). No solamente pasó la virgen, sino que volvió a pasar la que corre hacia el Esposo pasa al mundo y vuelve a pasar hacia Cristo, o porque la que se consagró a Cristo, corriendo hacia las cosas celestiales, deja atrás las terrenas. Pues también el Esposo viene de esta manera a la Esposa, saltando sobre los montes y pasando por los collados (Cant., II, 8)

En loor de la virginidad, añade: *Eres huerto cerrado, hermana y Esposa mía: eres huerto cerrado, fuente sellada* (Cant., IV, 12), en el cual la virginidad, cercada con la cerradura del pudor, produzca mejores frutos: virginidad en la que permanezcan intactos los sellos de la castidad. Guardad este huerto de vuestra alma, guardad esta fuente de cristalinas aguas; que nadie la enturbie, que nadie quite el sello con que la naturaleza misma la selló. Que nadie arranque la viña de vuestra alma y siembre groseras verduras. La viña es un fruto virginal; los matrimonios, como campos de verduras, en que el hielo hace frecuentes estragos, y por eso los matrimonios, como las hojas de las plantas, se caen y se marchitan, si es que no viene la ancianidad con su templanza a amortiguar las pasiones o la continencia levante hacia la perfección.

Que no os sorprenda Acab y se le antoje arrasar y destruir vuestra viña; que no se acerque tampoco Jezabel, aquel flujo estéril e inveterado, que esto significa su nombre; venga, por el contrario, Nabar, que llega enviado por su padre, como lo indica el significado de su nombre; que defienda su viña con su propia sangre y que por su defensa ofrezca su vida. Ese es el que fué apedreado por nosotros, por nosotros murió y por nosotros fué calumniado; siendo rico, vino

pobre a este mundo para enriquecernos con su pobreza (III Rey XII, 2 y sigs.). Cristo es la vid que con sus abundantísimos frutos de gracia llenó el mundo entero. Que Cristo arraigue en vuestras almas, para que vuestro fruto sea a su vez exuberante y, con el rocío de la gracia divina, se templen los incentivos de la carne.

Cristo es el que viene en una tenue nube, como dijo el profeta: *He aquí al Señor sentado sobre una tenue nube, y vendrá a Egipto* (Isai., XIX, 1), para significar que había de venir a Egipto, es decir, a padecer en el mundo, sobre una Virgen. Llamó nube a María, porque estaba revestida de carne, y tenue, porque era Virgen y libre de las molestias del matrimonio. Ella es la vara que produjo la flor, porque su castidad es libremente pura y consagrada a Dios y no la apartan del sendero recto los cuidados de este siglo (Nún., XVII, 8).

Por eso desde la Cruz se la entregó para sí el Señor a su dilectísimo discípulo Juan (Juan, XIX, 27), *que dijo a su padre y a su madre: No os conozco* (Deut., XXXIII, 9). Pues llamado por Cristo dejó a su padre (Mat., IV, 21), siguiendo al Verbo. A todo el que abandone a los suyos, a ése se le entrega la Virgen. A todo el que beba la ciencia en el pecho del Señor, se le entrega la Virgen; a todo aquel que deja a sus hermanos y no conoció hijos, se le entrega la Virgen. Por eso con éste reza la ley: *Dad a Leví sus hijos legítimos, dad a Leví sus suertes* (Deut., XXXIII, 8).

Por eso recibió el mismo San Juan a la Madre del Señor; de él se escribe: *Que desde aquella hora la tomó como suya* (Juan, XIX, 27). ¿Qué significa *como suya*, cuando dejó a su padre y a su madre y siguió a Cristo? ¿O *como en su casa*, cuando los apóstoles dijeron: *Hemos dejado todo y te hemos seguido?* (Mat., XIX, 27). ¿Qué cosas tenía como suyas Juan, que dejó el mundo y no tenía nada del siglo y ni él era del mundo? ¿Qué cosas tenía Juan como suyas sino las que había recibido de Cristo? ¡Poseedor bueno era del Verbo y de la sabiduría y buen receptor de la gracia! Ved lo que los apóstoles recibieron de Cristo: *Recibid -dice- el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados les serán perdonados y a quienes se los retuviereis les serán retenidos* (Juan, XX, 22, 23). De ninguna manera

se hubiera ido la Madre de Nuestro Señor Jesucristo sino con el poseedor de la gracia donde Cristo tenía su habitación.

CAPÍTULO VI

En Dad, pues, vuestros hijos legítimos al verdadero Leví. Sed nubes, pero tenues. Y lo seréis de verdad si la virginidad alivia las cargas de la naturaleza eliminando las tinieblas de esta carne de barro. Por eso dice la Esposa: *Soy negra y hermosa, ¡oh hijas de Jerusalem!* (Cant., I, 4): negra por la carne, hermosa por la virginidad. Nubes son, en efecto, y nubes pesadas, las que se casan; me parece que la palabra *núbiles* viene de nubes. Pues, en fin, las que se casan quedan cubiertas como las nubes cuando reciben el velo matrimonial. Y verdaderamente son nubes gruesas las que soportan el peso del matrimonio, pues se hacen pesadas al concebir.

Dad, pues, a Leví sus hijos verdaderos. ¿Qué cosa más verdadera que la virginidad no profanada, que guarda el sello del pudor y la virginidad integral? Al usar del matrimonio la virgen es desflorada, pierde lo que era suyo cuando recibe lo ajeno; es verdadero aquello con que nacemos, no en lo que nos mudamos: lo que recibimos de manos de Dios, no lo que tomamos de nuestros padres. Dad, pues, al verdadero Leví, a aquel príncipe de los sacerdotes, al verdadero Aarón, al verdadero Melquisedec, sus verdaderos hijos tal como él los formó, no cuales los hizo el trato de este mundo, para que reconozca en nosotros su obra y aquel sello con que lo selló la naturaleza, íntegro y sin violar.

Dadle y mostradle a aquel Adán, tal como fué antes del pecado; a aquella Eva, tal como era antes de que bebiese el veneno obsceno de la serpiente, antes que ambos fuesen vencidos por sus insidiosas palabras, antes de tener motivos para avergonzarse. Pues aun ahora, aunque el matrimonio sea bueno, hay en los cónyuges algo que les causa sonrojo. Sed, hijos míos, cuales fueron Adán y Eva en el paraíso (Gén., IV, 2). De ellos está escrito que después que Adán fué

arrojado de allí conoció a su mujer y ésta concebió y dió a luz un hijo, al que llamó Caín, y nuevamente concebió y tuvo otro hijo, al que puso por nombre Abril; y fué mejor el segundo que el primero, porque Abel era sin mancha y Caín manchado; Abel, unido a Dios y todo él don de Dios; Caín, posesión terrena y mundana. Finalmente, en Abel está anunciada la redención del mundo; en Caín, el parricidio del demonio. No os preocupéis, hijos míos, de la posesión del siglo ni penséis que son dignas de apeteecer las suertes de la tierra ni las porciones de la Judea.

En efecto, leemos que Moisés, es decir, la ley, mandó que las tierras conquistadas en la guerra o en las matanzas de enemigos se distribuyesen echando suerte entre el pueblo hebreo (Números, XXVI, 53), cuya posesión habían solicitado las hijas de Salfaad como hijas de Salfaad (Números, XXVII, 1 y sigs.). No obstante esta orden, Moisés no dividió tierra para los levitas (Deuteronomio, XVIII, 1 y sigs.), porque su morada no era terrena, sino más excelsa; pero a éstos, sin trabajo manual, les asignó, los emolumentos de su ministerio. ¿Qué son las hijas de Salfaad, que solicitan la tierra, sino como nos lo enseña la interpretación de su nombre, la sombra de su boca? Efectivamente, sombra hay en aquellas de quienes se dice: *No sale una palabra buena de su boca ni verdad en su conversación* (Salm., V, 10), como sucedió en el pueblo de los judíos, que no quisieron reconocer a Jesucristo Dios, Hijo de Dios. Estos son los que buscan la tierra y piden su posesión, en la cual sudan durante su vida y en vez de frutos recogen espinas de cuidados y preocupaciones.

Huid, hijas, de la sombra de la boca, vosotras que creéis en la luz eterna, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, las que no confesáis a Cristo como en la sombra, sino a la luz del día. *Al pueblo que estaba sentado en la sombra le nació la luz* (Isai., IX, 2). Estuvimos, pues, a la sombra; pero ya no lo estamos los que confesamos a Cristo !Ojalá me fuese también a mí dado el poder de decir: los que profesamos a Cristo, los que estamos consagrados a Cristo! Sin embargo, consagramos a Cristo, yo la viudez y vosotras la virginidad. Obra en nosotros la confesión de la fe nuestra salvación.

Dad, pues, a Aquel que es nuestra salvación sus suertes: su suerte es levítica, su suerte es la virginidad, su suerte es la viudez; porque no sólo la virgen, sino también la mujer soltera, piensan en las cosas que pertenecen al Señor. Por eso dijo el Apóstol: *En El y en su suerte hemos sido constituídos* (Efes., I, 11). También en el Antiguo Testamento se dice que fué dividida la tierra en suertes (Josué, XVIII, 10); a su vez, Jesucristo nos asigna en el Evangelio una suerte. Por lo que dijo el Evangelista: *Dividieron mis vestidos y echaron suertes sobre mi túnica* (Juan, XIX, 24). Cuando se trató de elegir el duodécimo apóstol en lugar de Judas, juzgaron oportuno los apóstoles que se debía echar a suertes el cargo para el apostolado. Y así, hecha oración para que el Señor eligiese entre los dos propuestos, cayó la suerte sobre Matías (Act., I, 26). el sorteo del Antiguo Testamento fué de tierras; el del Nuevo, espiritual. En aquél se ventilaba el dominio del mundo material; en éste, la de un oficio; allí, la división de cuidados; aquí, la división de las gracias; allí se habla de la posesión de campos de trabajo y tristeza; aquí, de la posesión de Cristo. Por eso dice el santo profeta David: *Poseíste mis riñones* (Sal., CXXXVIII, 13). Hijos míos, que Cristo posea vuestros riñones para que en ellos permanezcan los gérmenes de la castidad; los incentivos de las virtudes. Por eso, consagraos a Cristo y confesadle para que podáis decir: *Mi porción es el Señor* (Salm., CXVIII, 5). No puede decir esto la casada, sino la que no lo está, pues la casada procura agradar a su marido, la otra a Cristo; aquélla es posesión del mundo; ésta, de Cristo.

Es posesión de Cristo el diácono, que no pleitea por nada terreno. El que busca esposa no puede decir: *Mi porción es el Señor*. ¿Y qué dice el ministro de Cristo? *No tengo oro ni plata; pero lo que tengo te doy: en nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda* (Act., III, 6). Esto es lo que había recibido, pues no deseaba oro. Finalmente, había sido enviado sin bastón, sin alforja, sin dinero (Luca, IX, 3). Y por eso se vanagloriaba de que no tenía lo que no le habían dado; no se avergonzaba de su pobreza aquel a quien había redimido un pobre. Y por eso dijo: *Levántate y anda*, porque había leído: *Este pobre clamó y el Señor le escuchó* (Salm., XXXIII, 7).

CAPÍTULO VIII

Sea nuestra porción el Señor, que hace a la mujer estéril y a la fecunda. A una y otra hace; la una da a luz con tristeza, la otra se alegra en su esterilidad. *Alégrate, estéril, que no engendras; regocíjate y grita la que no das hijos* (Isaí., IV, 15). Esta Virgen tiene también hijos, pero sin los dolores del parto. Por eso se escribe de la Iglesia: *¿quién oyó tal novedad que diese a luz la tierra en un solo día y de ese parto naciese un pueblo entero a un mismo tiempo?* (Isaí., LXVI, 8). Mas la tierra no da a luz en un solo día, pero sí la gracia. Llegó el día de Pascua, y en todo el mundo se confiere el sacramento del Bautismo y son veladas las vírgenes. Pues bien, en un solo día y sin dolor suele la Iglesia dar a luz a muchos hijos y a muchas hijas. Por eso, muy oportunadamente se dice: *Y un pueblo le nació al mismo tiempo*, refiriéndose a un pueblo consagrado a Cristo.

Veis los misterios, veis la gracia de Jesucristo, la del Espíritu Santo, que se reparte como a suertes porque no se da en atención a las obras, sino que justifica a todos en el Señor. Lo mismo que el tener suerte no depende de nosotros, sino de la casualidad, del mismo modo no se otorga la gracia del Señor como mérito, sino por la libre voluntad de Dios. Por eso dice el Apóstol, hablando de la distribución de los carismas, que se reparten de diversa manera entre los siervos de Dios. *Todo esto lo obra un solo y mismo Espíritu, dándoles a cada uno como quiere. Como quiere*, dice, no como si lo debiese (I Cor., XII, 11). Finalmente, el Señor dice a los que le pedían mayor jornal por su trabajo, quejándose de recibir idéntica paga a la de aquellos que habían venido al tajo más tarde: *Si yo soy bueno, ¿tu ojo por qué es malo?* (Mateo, XX, 15).

Entregar, hijos, vuestras suertes a Aquel que acostumbra a remunerar a los suyos más de lo que vale su trabajo. *Dad al Varón santo sus hijos legítimos* (Deut., XXXIII, 8), es decir, dadle la virginidad intacta, pues aquel tiene virginidad que se conserva casto. La virginidad es, en efecto, la verdad; la prostitución es la mentira. Permanezca unida la virginidad a vuestro corazón, como los sarmientos a la cepa.

Muchas son las tentaciones; por eso dice la Escritura: *Tentáronle con tentación y le maldijeron en las aguas de la contradicción de Cades* (Deut., XXXI, 51). Sufrir tentación la castidad por muchos solicitadores, y cuando la virgen quisiere resistir, hay quienes la contradigan. La contradice el solicitante, y el que ha sido rechazado la maldice. Son tenidas en deshonor la soltera, la virgen y la viuda. Cades representa a la soltera que es santa en cuerpo y alma, que se consagró a Dios, que dejó a sus padres y no hace la voluntad de aquellos que suelen decir: Hija, nos debes nietos; Cades es la que no tiene hijos. Pues bien, la virgen prefiere el oprobio de Cristo a las riquezas del mundo, que es lo que debe estar dispuesto a sufrir el que quiere agradar a Cristo, ¡cuánto más vosotros, a quienes vuestro padre os alienta con su ejemplo a abrazar la virginidad y vuestra madre os exhorta a seguir lo que os conviene!

Gran bien es la virginidad, pues el Apóstol dice: *El que juzgó en su corazón conservar a su hija virgen, obra bien. Obra bien el que la da en matrimonio; pero el que no casa a su hija virgen, obra mejor* (I Cor., VII, 37-38). Aquél obra bien, a causa del lazo del enemigo; pero éste obra mejor, por las excelencias de la virginidad. Aquél se casa para remedio de la concupiscencia; éste, por conseguir el premio. *Más feliz será el que permaneciere libre según mi consejo; creo que también tengo el Espíritu de Dios* (I Cor., VII, 40). Seguid, pues, hijos míos, el consejo del Apóstol, el don del Espíritu Santo. Tomad también vosotros el atabal en vuestras manos, como lo tomó María, la hermana de Moisés y Aarón, y salid entonando: *Cantemos al Señor, pues se ha llenado de gloria: al caballo y al caballero arrojó al mar* (Exod., XV, 20). Disciplinad vuestros miembros como se golpea el tambor, para que en vuestro cuerpo no llamee la lascivia de la carne y que muera todo lo que huele a sensualidad. Que en vuestros miembros no se oiga más voz que la del espíritu, que canta sobre los cadáveres de las pasiones muertas; pues si estuviereis muertos al pecado, viviríais para Dios, y viviríais si no reinare en vuestro cuerpo muerto ninguna concupiscencia.

Revolved con cariño entre vuestras manos la Cruz de Cristo Nuestro Señor y, levantándola con vuestras obras, pisad firmes sobre

el profundo mar de este mundo y pasad delante. Que el enemigo, relinchando como caballo en celos, no os avasalle, y el que os quisiere prender persiguiéndoos, que se ahogue. Que vuestros brazos, defendiéndoos a diestra y a siniestra, sean como el muro de agua que temple los ardores de la carne, hasta tanto que la divina bondad os lleve a aquellas doce fuentes celestiales y a aquellas setenta palmeras, a aquel descanso del gran sábado de Gloria, y os trasplante a aquel monte de su herencia, donde la Virgen María dirige los coros de los bienaventurados.

Revestíos, hijos míos, de Jesucristo; buscad la verdadera sabiduría, de la que dice Job: *¿Dónde se encuentra la sabiduría y cuál es el lugar donde se aprende?... El abismo dijo: No está dentro de mí. El mar dijo: No está conmigo* (Job, XXVIII, 12 y sigs.). Llevaba razón el abismo cuando dijo: *No está dentro de mí*, porque resucitó, pues no podía tener al que no pudo retener. En fin, en el Evangelio se dice que dijeron los ángeles a las mujeres que iban al sepulcro: *¿Buscáis a Jesucristo crucificado? No está aquí, porque ha resucitado* (Mat., XXVIII, 5-6). *¿Qué quiere decir No está aquí* sino que no está en el sepulcro ni en los infiernos, mas está en los cielos? El mar también, es decir, este siglo, este mundo, dicen: *No está con nosotros*, porque está sobre el mundo Aquel a quien no cambiaron ni la caída ni la concupiscencia, *pues ni cometió pecado, ni se halló mentira en su boca* (I Ped., II, 22). Así, pues, el abismo dijo: *No está en mí*. Y el mar: *No está conmigo*. Pero no dijo el cielo *No está dentro de mí* al que había recibido resucitado. Tampoco dijo el paraíso *No está en mí* al que conocía que reinaba en él junto con el ladrón absuelto, como el mismo Señor afirmó: *Hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lucas, XXIII, 43).

Atesorad la sabiduría en los senos de vuestro corazón, porque es más preciosa que el oro y que la plata y, además, no perece; porque no te alabarán, Señor, los muertos, sino los vivos. También vosotros, para que viváis, alabad al Señor, y alabadle día y noche (Salm., CXIII, 17-18). Y le alabaréis si no deseáis el matrimonio ni os mezcláis en los cuidados seculares, pues los que se casan se ven solicitados por los negocios de este mundo.

CAPÍTULO VIII

Reflexionad, hijos, a qué os obligan las promesas de vuestros padres. Prometimos al Señor. La voluntad de los padres es un voto. Nosotros rogamos, vosotros debéis cumplir. Cuánta fuerza encierran los votos paternos os lo debe enseñar la hija del Jefe de Galaad, la cual, para no frustrar lo prometido por su padre, ella misma se ofreció a la muerte. Temeroso el padre del resultado de la batalla en que estaba empeñado, hizo voto que de ganarla inmolaría a Dios lo primero que hallase al volver a casa. Conseguida la victoria, le salió al encuentro la hija, alegre sobre todo por la victoria y por el amor filial. El padre lloró, no tanto por el cariño de padre cuanto por el recuerdo de la promesa. La hija averiguó la causa del llanto y el padre le explicó lo prometido. Ella, entonces, le exhortó a que lo cumpliera, y de esta manera satisfizo con su sangre el voto impremeditado del padre (Juec., XI, 31 y sigs.). Esto os concierne a todos. Mas tú, hijo mío, que me ha otorgado el verdadero Helcana, que quiere decir “la posesión dada por Dios”; tú, mi petición, mi deseo, que esto significa *Samuel*; tú, hijo de mis deseos, hijo de mis votos, que ignoro cómo viniste a mi seno (pues viniste cuando ya desesperaba tener un hijo varón), al que formaron mis súplicas, más que ninguna otra causa natural; tú, hijo mío, reconoce por medio de quién me has sido otorgado. El es el que formó tus huesos, el que fué delineando tus miembros, el que oyó mis ruegos, a cuyo templo y servicio te consagré antes que nacieras. No naciste ni para tus padres ni para tí: naciste para Dios, por El comenzaste a ser antes que salieses del vientre de tu madre. Es cierto que todos somos de Dios; pero tú especialmente estás consagrado a El, te debes entregar a su servicio, porque está escrito: *Haced votos al Señor vuestro Dios y cumplidlos* (Salm., LXXXV, 12). Soy miserable, soy indigna y, con todo, como Ana prometí que no te apartarías ni de día ni de noche, durante tu vida, de la presencia de Dios; yo lo prometí, tú cúmplelo. El Señor te aceptará para Sí como ofrenda”.

Esto y mucho más dijo la piadosa madre, la cual, cuando vió que la resolución de todos era idéntica, llevando al hijo amamantado a sus

pechos ante los sagrados altares, reanudó su oración y dijo: "*He tomado confianza en el Señor y se han robustecido mis fuerzas en mi Dios, porque ninguno otro hay santo como el Señor, y no hay justo como Dios Nuestro Señor, y no hay santo fuera de ti*" (I Rey., II, 1-2). Esto dijo la madre a sus hijos, la cual llevó a casa juntamente los títulos de la viudez en sí misma y en sus hijos los de la virginidad, como si fuesen títulos de nobleza. Y, en efecto, noble es esta mujer, que no se reservó nada para sí, antes todo cuanto poseyó se lo ofreció al Señor. Su vida es un magisterio que enseña; sus ansias de virginidad, un modelo; sus enseñanzas, una verdadera escuela. El ejemplo de viudez y de virginidad es una lección elocuente.

Va a la iglesia acompañada de sus hijas vírgenes, introduciendo en ese lugar el honor de su casa, y allí se encuentra con algo que puede llamar suyo, al hijo que canta las divinas alabanzas, y las hermanas se imaginan que aprende en casa al oír a su hermano. La madre, a su vez, se alegra, a imitación de la Santísima Virgen, de aprovechar de su hijo, y, como Ella, guarda todas las palabras del que lee y las rumia en su corazón con piadoso afecto.

CAPÍTULO IX

Aunque nada falte a las exhortaciones de vuestra madre, quiero, hijos míos, añadir unas palabras. Id en pos de Jesucristo Nuestro señor, que nos manda buscar su reino. *Y todo -dice- os sobraré* (Mat., VI, 33). Pero quiero antes proponeros el mérito para que podáis después exigir la recompensa. Buen galardón, pero más divino es el dispensador y el autor de la merced. En el cielo se guarda la recompensa y en Cristo está el poder de recompensar. Buscadla en las Sagradas Escrituras, donde Cristo se halla, y decid lo que decía la Esposa: *Muéstrame al que amó mi alma* (Cantares, I, 6). La Sinagoga también buscaba al que había perdido, pero vosotros buscad al que nunca perdáis. Pero, ¿por qué dices tú, Sinagoga, *al que amé* y no dices *al que amo*? Por eso, porque no le tienes, dices que le amaste. ¿Por qué no le amas ahora para que puedas poseerle?.

Mas dejemos a la Sinagoga. Cuando tú, virgen, comenzares a buscar a Cristo se te hace presente, pues no es posible que abandone a los que le buscan Aquel que se hizo en contradicho con los que no le buscaban y fué hallado por los que no preguntan por El (Is., LXV, 1). Cuando de El hablas o en El piensas, en seguida llega. Aprende a preguntarle, cuando viniere: *¿Dónde apacientas, dónde sesteas?*, como le dice la Esposa: *¿Dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía?* (Cant., I, 6). ¿Dónde ha de morar Cristo sino donde resplandece el mediodía de la justicia? Y esto lo confirma la Sagrada Escritura con su testimonio cuando dice: *Puso en el sol su sede* (Salm., XXVIII, 6). Por lo cual añade el profeta en otro lugar: *En tu luz veremos la luz* (Salm., XXXV, 10). Es luz el Hijo y es luz el Padre, que se mira en el Hijo porque el Hijo *es el resplandor de la gloria del Padre e imagen de su sustancia* (Heb., I, 3).

Virgen: tú también busca a Cristo en tu misma luz, en tus buenos pensamientos, en tus buenas obras; que luzcan en presencia de tu Padre, que está en los cielos. Búscale durante las noches, búscale en tu lecho, porque también llega de noche y llama a tu puerta. Quiere, en efecto, que veles en todos los momentos; quiere encontrar abierta la puerta de tu alma. Hay otra puerta, que quiere también que esté de par en par; que se abra y cante tu boca la alabanza del Señor, la gracia del Esposo y la confesión de la Cruz: esto lo haces al recitar el credo y al entonar salmos en tu lecho. Cuando viniere, que te encuentre despierta para que estés preparada. Duerma tu cuerpo, pero vigile tu fe; duerman los incentivos de la carne, esté alerta la prudencia del corazón, huelan tus miembros a Cruz de Cristo, a olor de sepulcro, para que el calor del sueño no excite en ellos los movimientos lascivos. Esa misma es el alma que se abre a sí misma a Cristo, la que no es molestada por los humores de la carne.

Cuando viere todo esto el Esposo, pasará de largo; sígale tu alma, salga de su lecho, vaya en pos de su palabra, como está escrito: *Salió mi alma en seguimiento de tu palabra* (Cant., V, 6), es decir, que salga del cuerpo para presentarse ante Dios, pues mientras vive anda peregrinando lejos de Cristo. Por lo que dice el Apóstol: *Así, pues,*

nos esforzamos y procuramos más y más salir del cuerpo, a fin de gozar de la presencia del Señor. Por esta razón, todo nuestro conato consiste en hacernos agradables al Señor, ora habitemos en el cuerpo, ora salgamos de él. Todos, en efecto, tendremos que comparecer ante el Tribunal de Cristo, para que cada uno reciba el pago debido a las buenas o malas acciones que habrá hecho mientras ha estado revestido del cuerpo (II Cor., V, 8 y sigs.) ¡Qué pronto se percató de la causa por la cual el cuerpo ha de resucitar! Es necesario que la carne resucite, ya que tiene que recibir la recompensa de sus actos, para que recibamos en nuestro cuerpo el fruto de lo ejecutado en él mismo.

Quiere el Señor que le busquemos con frecuencia. Se va, corre para excitar la gracia, que quiere también resucitar en ti por ti, como hallamos escrito a Timoteo: *Por lo cual te amonesto que resucites la gracia de Dios, que está en ti por la imposición de mis manos (II Tim., I, 6)*. El alma que resucita la gracia es herida por el amor, como dice ella misma: *Porque yo soy herida por el amor con tal que levantéis y despertéis la caridad (Cant., V, 8)*. Podremos entender lo que esto significa si recordamos que Nuestro Señor Jesucristo es una saeta, a quien dice el Padre: *Te he puesto como una saeta escogida (Js., XliX, 2)*. Y como Él es amor, hay también heridas de amor, con las cuales hiere a los que le buscan, y finalmente le siguen atadas con ligaduras, porque a los que hiere les venda. Por tanto, hay lazos de amor, con los cuales fué atado Pablo, que dice: *Pablo, preso de Jesucristo (File., 1)*; que haya lazos de amor lo dice Job, el más fino amante de Cristo, ya que le amaba también en los dolores de su cuerpo, por lo cual decía: *las saetas del Señor están clavadas en mi carne, cuyo furor me absorbe la sangre; cuando comienzo a hablar, me punzan (Job, VI, 4)*. Hay heridas de amor y heridas buenas. Heridas del amigo, y, al fin, *mejores que los besos voluntarios del enemigo (Prov., XXVII, 6)*. También Jeremías ardía, y el fuego del amor en que se aflamaba, por cumplir con su oficio de profeta, no lo podía soportar (Jer., XX, 9). Finalmente, era sumergido en un pozo (Jer., XXXVIII, 6), porque anunciaba a los judíos la futura ruina de su

pueblo y no podía callar. Era apedreado San Esteban (Ac., VII, 58), y recibía con amor aquellas heridas por Cristo, como heridas de la caridad. Azotaban a los apóstoles, y ellos se alegraban (Ac., V, 40). ¡Qué bueno es el Señor, por quien resultan dulces las mismas injurias y agradable la muerte! ¡Y verdaderamente es grata la que nos conquista la inmortalidad!

CAPÍTULO X

Que en todo tiempo -dice el Eclesiástico- *estén blancos tus vestidos* (Ecles., IX, 8). ¿Qué cosa más blanca que la castidad? ¿Qué más blanca que la vestidura intacta del pudor? Buena es la castidad matrimonial y la de la viudez: toda pureza es limpia; pero tal vez no toda castidad sea blanca o, al menos, no lo sea en todo tiempo (I Cor., VII, 4-5). No es blanca cuando no se tiene dominio sobre su propio cuerpo, cuando a tiempos está secuestrada la oración. Con toda razón se ha dicho de la virginidad: *Que en todo tiempo estén blancos tus vestidos y haya aceite en tu cabeza* (Eclesiastes, IX, 8), para que siempre puedan arder tus lámparas y no se apaguen cuando esté para llegar el Esposo celestial (Mat., XXV, 6 y sigs.).

Por qué dijo el Eclesiastes haya aceite en tu cabeza, lo colegimos por lo que leemos en los Proverbios, porque dice: *Los ojos del hombre en su cabeza* (Prov., II, 14), es decir, los sentidos de tu sabiduría en tu cabeza. Por eso tal vez es también alabada María Magdalena, que secó los pies del Señor con sus cabellos (Luc., VII, 38 y sigs.), porque se humilló con la fe para no parecer que se enorgullecía con la sabiduría de la carne, sabiduría que según San Pablo, el verdadero intérprete del sentido oculto de la Escritura, no estaba sujeta a la ley, porque lo estaba a Jesucristo.

Puede muy bien entenderse también este pasaje en sentido corporal, pues las hijas de Sión, según el profeta Isaías, son reprendidas porque llevan la frente erguida, haciendo guiños con los ojos, arrastrando con sus pies sus ampulosos vestidos, taconeando al

andar (Isaí., III, 16 y sigs.), por lo cual dice el Señor que El mismo les arrebatará sus vestidos fastuosos, sus adornos y las ondulaciones de sus cabelleras; con razón la Magdalena soltó sus cabellos (Luc., VII, 38), para que las enseñanzas evangélicas desatasen las trenzas de sus rizos. Por eso dijeron los apóstoles: *Que su adorno no sea puramente extrínseco con los rizos del cabello, ni con dijes de oro, ni galas de vestidos* (I Ped., III, 3). Como enseñó San Pedro o como dijo San Pablo: *Quiero que las mujeres oren también en traje decente, ataviándose con recato y modestia y no con los cabellos rizados, ni con oro, ni con perlas y costosos adornos* (I Tim., II, 9). Ha de buscarse en las mujeres, con preferencia, al ornato del hombre interior, porque el hombre oculto en lo íntimo de su corazón aparece pobre a los ojos del mundo, pero rico a los de Dios. Habéis oído, hijos míos, vosotros que os creéis pobres. ¿Quién es rico, faltándole tantas cosas, sino aquel que no siente gravada su conciencia con pecado mortal? *Buena es -dice- la riqueza para quien no tiene pecado en su conciencia* (Ecles., XIII, 30). Habéis oído cómo podéis ser ricos ante Dios; os lo dice San Pedro: *si sois castos y modestos* (I Pedr., III, 4). Son buenas las riquezas de la inocencia y de la sencillez, en las cuales no se halla pecado ni la malicia de la doblez y del engaño: el que es sencillo no sabe murmurar ni envidiar; está contento con lo suyo, no busca lo ajeno; aunque esté necesitado, se siente feliz y rico con tal de tener lo necesario para su sustento. Por eso dijo San Pablo: *Y en su extrema pobreza abundará en riquezas espirituales* (II Corintios, VIII, 2).

Y como la Iglesia estaba adornada con las preseas que le convenían y brillaba con el resplandor de Cristo, puede también tomarse en este sentido este pasaje, en el cual dice la Sinagoga a la Iglesia: *¿Dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía? No sea que me vea envuelta entre los rebaños de tus compañeros* (Cant., I, 6). Desea ser mercenaria la que antes se arrogaba el mando. ¡Qué perjudicial es la perfidia!

Mas porque es incrédula, sin piedad, sacrílega, separa Cristo a la Sinagoga de la grey de su Iglesia cuando dice: *Si no te conoces, joh*

hermosa entre las mujeres! (Cant., I, 7), es decir, primero debes conocerte a ti quién eres y después pídemle que te agregue a mis rebaños. Y convenientemente se llama a la Sinagoga hermosa entre las mujeres, no entre las vírgenes, pues seguía a la mujer Eva, por la cual vino la caída; mas la Iglesia es hermosa entre las vírgenes porque es virgen sin mancha.

Pues bien, tanto el hombre como la mujer deben reconocer que son imagen y semejanza de Dios para que busquen la hermosura del alma y no la del cuerpo. ¿Qué somos? Seres espirituales e inteligentes. He aquí la parte más principal de nuestro ser. Al fin dice David: *Esperaré en el Señor: no temeré lo que me pueda hacer la carne* (Sal., LV, 5). Así, pues, no somos carne, sino espíritu. De los judíos se dijo: *No permanecerá en ellos mi espíritu, porque son carne* (Gén., VI, 3). No somos ni del oro, ni del dinero, ni de los montones de riquezas: son ellas las que nos pertenecen. Por eso te dice Moisés: *Mírate a ti* (Deut., XV, 9), es decir, a tu alma, no sea que perezcas, que te hagas carnal. *Mírate a ti*, o sea, a la imagen que recibiste de Cristo, a la semejanza a que has sido hecho. Guarda esa imagen que Cristo pintó en ti con sus obras, como El mismo dice a Jerusalén, es decir, al alma pacífica: *Jerusalén, yo mismo pinté tus muros* (Is., XliX, 16).

Y tú, hijo, tú principalmente, mírate a ti para que te alegres en tu juventud; a ti te dice la Escritura Sagrada: *Regocíjate, joven, en tu juventud* (Ecles., XI, 9). No quiere decirte que éste sea el único tiempo de tu vida. La juventud es como la flor de la vida y la edad de las buenas obras, de la cual se dice: *Se renovará tu juventud como la del águila* (Sal., CII, 5). *Y te recocije -dice- tu corazón en los días de tu juventud, y ande por los caminos de tu corazón sin mancha, y bajo la mirada de tus ojos y no en la altanería de tu mirar* (Ecle., XI, 9), en las miradas espirituales, no en las miradas mundanas. *Y sábetete que además de esto te ha de llamar Dios a juicio. Y arroja de tu corazón la ira y aparta la maldad de tu cuerpo* (Ecl., XII, 14).

Y tú también, virgen, mírate a ti y date a la oración, y que tu rostro palidezca en la continua meditación. Pero prepara tu alma antes de orar (Ecl., XXVIII, 23), para que no parezca tías a Dios cuando

oras; que lo que pides lo expresen tus costumbres, tu fe lo ayude y lo recomienden tus actos. *Mírate a ti*; lo que te digo a ti se lo recomiendo a todas las vírgenes, pues al fin a ti no te falta una piadosa maestra.

Ante todo, ¡oh virgen!, considera tu sagrada profesión. *Sé muy cauta en evitar las miradas procaces del galán y no te fíes de que él no se fije en ti, pues, como viajero sediento, se arrojará sobre la fuente y beberá de cualquier agua que tenga a mano, para embriagarte a ti con su lascivia* (Eclesiastes, XVI, 14-15). No salgas de casa sin la compañía de tu madre: que sea guardiana solícita de tu castidad. Ni aun se permita a las jovencitas frecuentar las iglesias. Considera cuán grande fué María Santísima, y, sin embargo, no se le encuentra en otro lugar sino en su recámara cuando se le busca (Luc., I, 28). Ve al ángel en forma humana, y temía, y apartaba la vista de él. Por lo cual le dijo el ángel: *“No temas, María. La soledad enseña el recato y el lugar escondido es la escuela del pudor. Pues, ¿qué necesidad tienes de ir aun a la casa de tu vecina? El pie del fatuo es fácil en ir a casa del prójimo; el que es prudente siente en esto vergüenza* (Ecl., XXI, 25). De ahí provienen los cuentos, de los cuales, con mucha razón, te aconseja el sabio que te apartes. *¿Quién me enseñará a regular mis actos y mis palabras para no pecar en ellos y no me pierda mi lengua?* (Ecl., XXII, 33). Si se manda que el varón calle en presencia de los ancianos (Ecl., XI, 8), ¡cuánto más indecoroso es que hablen las vírgenes y se mezclen en toda clase de conversaciones!.

Supongamos que tú te calles. ¿Podrás, por ventura, imponer silencio a los otros para no oírles? Podrá alguno, en ciertas ocasiones, refrenar su lengua y pesar sus palabras, pero eso no podrá hacerlo con los oídos. El hablar depende de nosotros; el oír, de la voluntad ajena: con frecuencia oímos lo que no queremos.

CAPÍTULO XI

Veamos ahora qué más nos recomienda la Sagrada Escritura. No se ha de jurar fácilmente (Eclesiastes, XXIII, 9), porque se presentan a veces casos en los que no podremos cumplir lo jurado. Pues el que no jura, tampoco perjura; mas el que jura es casi seguro que alguna vez sea perjuro, porque *todo hombre es mentiroso* (Salm., CXV, 11). Así que no jures, no sea que comiences a jurar en falso.

Tampoco cae bien la risa descomedida. Las que no tengan por qué llorar, lloren por el mundo, lloren las caídas de los pecadores, porque la que llorare las faltas ajenas será solícita en precaver las propias. Lloren, finalmente, al menos por esta consideración que los que aquí lloran allí serán consolados; no sea que como el rico del Evangelio, que pasó la vida lujuriosamente, tengas que oír: *Has recibido bienes en tu vida* (Luc., XVI, 25 y sigs.). ¡Cuánto más feliz fué Lázaro, que lloró aquí y allí rebosa la alegría: aquí tuvo hambre y allí banquetea! Si quieres tú también conseguir la buena alegría, te lo enseña el libro del Eclesiastés, que dice: *Ven; come con gozo tu pan, porque tus obras ya agradaron al Señor* (Ecl., IX, 7).

Meditemos lo que acerca de la risa descompasada nos dice a todos el Eclesiastes: *Como el chisporroteo de las espinas bajo la olla, así es la risa de los tontos* (Ecl., VII, 7), pues cuando arden las espinas hacen ruido y al punto se queman y no dan calor. Por eso se dijo de los judíos: *Ardieron como el fuego en las espinas* (Sal., CXVII, 12), encendidos en su risa. Estaban ardiendo durante la Pasión del Señor, cuando se chanceaban en medio del fuego de su alma diciendo: *Esperó en el Señor que le salve; líbrele ya, puesto que le ama* (Salmos, XXI, 9). Y riéndose le golpeaban la cabeza, y le coronaban de espinas, y le ofrecían a beber vinagre; esa risa sigue abrasando siempre a la Sinagoga (Marc., XV, 17 y sigs.). Hay, pues, risa de necios, que resuena sin gracia y quema la olla de su cuerpo. Por eso negaba Sara haberse reído (Gén., XVIII, 15), para no dar a entender que había dudado con su risa de la realización de las divinas promesas, y, no obstante, aquella risa había sido una risa llena de

gravedad y de pudor puesto que no tuvo otro testigo más que Dios, a quien nada queda oculto.

¡Qué hermoso es este pasaje! *No te irrites fácilmente, porque la ira descansa en el regazo de los necios* (Ecl., VII, 10); es decir: si hay motivo para indignarse, que la venganza no sea rápida, no sea que se encienda el fuego inmoderado de la indignación. No puede, en efecto, el alma evitar los movimientos naturales; pero deje tiempo para que la reflexión temple la cólera. Por eso dijo antes David: *Airaos, más no pequéis* (Salmos, IV, 5); no lo dice como quien manda con imperio a la cólera, que no puede impedir porque es algo natural, sino como un buen médico nos proporciona la medicina para que la ira no nos sea nociva.

Finalmente, si alguno cayó en su interior en la ira, ya que a veces no sea fácil contenerla, se le aconseja que lllore en su lecho y que repare su falta. Pues está escrito: *Lo que decís en vuestro corazón, llevadlo en vuestros hechos* (Salm., IV, 5). En estas palabras quiso indicar el profeta que todos los hombres han de ser censores de sus propias faltas, de suerte que, no viéndose acusados por los demás, ellos mismos se juzguen en el fuero interno, se avergüencen y se repriman con el aguijón del arrepentimiento y el pudor.

CAPÍTULO XII

¡Y qué diré de la templanza, cuando el sabio escribe. *Aparta de mí el apetito de la gula y que la compañía de la concupiscencia no me arrastre?* (Ecl., XXIII, 6). Pero no temas demasiado a la abstinencia y al ayuno, pues hacen sobria al alma. ¡Con qué encarecimiento recomiendan los proverbios de Salomón el esmero que ha de ponerse en la guarda de la fama, cuando dice: *Mejor es el buen hombre que muchas riquezas;* (Prover., XXII, 1). ¿Qué es, en efecto, el patrimonio sino la buena administración de los bienes y su buen empleo? Por eso dijo el santo Job: *Venga sobre mí la bendición del que va a morir y que también me bendiga la boca de la viuda. Yo era el ojo de los*

ciegos, y el pie de los cojos, y el padre de los desvalidos (Job, XXIX, 13 y sigs.). ¿Cuándo ví pasar delante de mí al harapiento que no lo vistiese; cuándo me pidieron los pobres que no les calentase sus espaldas con los vellones de mis ovejas; hubo alguna vez que ocultara mi pecado, aun el que sin advertencia e involuntariamente hubiese cometido, ni cuándo permití que saliese de mi casa con las manos vacías el necesitado? (Job, XXXI, 19). Con estas obras de misericordia se crea un buen nombre.

Sin embargo, entre todas las preocupaciones de la virgen, la principal ha de ser la sobriedad. Al decir sobriedad no hablo de la abstinencia del vino, sino de la deshonestidad corporal y de la soberbia mundana, con las cuales nos embriagamos con una borrachera más perjudicial que la del vino: son las que nos brindan el cáliz de las caídas y la copa de la ira. Por lo cual dice también el Señor: *Escucha, degradada y borracha, y no con vino: he aquí que he recibido de tu mano el cáliz de tu caída y la copa de la ira (Is., LI, 17).* Mas este cáliz, que escanció la Sinagoga, que no lo beban las hijas de la Iglesia. Pues de los judíos se escribió: *Sus hijas están muy peripuestas y adornadas a manera de un templo (Sal., CXliii, 12).* Pero vosotras sois templos de Dios, sois hijas de Aquel que no se transfigura en ángel de luz, sino que es luz verdadera que procede de la luz verdadera; por eso, que no haya en vosotras semejanza de templo, sino verdad. Porque hay muchas que, aunque profesan estado de castidad, hacen ostentación de algunas vanidades de hermosura, como salir muy aliñadas y con un rostro más acicalado que el que conviene a vírgenes consagradas a Dios, a las cuales aplico yo aquellas palabras del Apóstol: *Las que estáis muertas con Cristo a las máximas de este mundo, ¿por qué, como si todavía estuvierais vivas, juzgáis de este mundo? No toquéis ni os manchéis con su contacto ni gustéis las cosas que de suyo llevan a la corrupción (Colos., II, 20 y sigs.).*

No obraba así Santa Sotera, para traeros un ejemplo de mi familia (pues yo, sacerdote, tengo una nobleza preferible a los consulados y prefecturas; tengo, digo, dignidades que provienen de la fe,

imperecederas); santa Sotera no llevaba ningún aliño en el rostro, y, aunque era sobremanera hermosa y muy noble virgen por la alcurnia de sus antepasados, pospuso los consulados y las prefecturas paternas a la fe, y forzada a inmolar a los falsos dioses, no lo consintió. El tirano mandó que la azotasen inhumanamente, para que la tierna virgen cediese o al dolor o al pudor. Mas ella, al oír este mandato, se descubrió el rostro para ir solamente, sin velo y descubierta su cabeza, al martirio. Y queriendo presentarse a la afrenta, ofreció su rostro para que su cara fuese el sacrificio del martirio, lo que suele ser en otras tentación del pudor. Al ofrecer su rostro se alegraba, pues con la pérdida de la hermosura corporal quitaba el peligro que corría la virginidad. Pudieron ellos, en efecto, arar su cara con las cicatrices de las heridas; pero nunca lograron arar el rostro de su virtud ni la gracia de su hermosura interior.

Cuentan las historias antiguas que un joven etrusco, a causa de la hermosura de su boca, era motivo de que locamente se enamorasen de él las mujeres; para no ser amado, cubrió de heridas su rostro. Me podría preguntar si esto lo hizo por amor casto; lo que sí es cierto es que no era un afecto inocente, pues por ese mismo afecto se infligió a sí mismo ese castigo. Ese joven solamente se produjo las heridas para no ser causa de daño para otras; Sotera, en cambio, recibió las cicatrices triunfales del martirio para conservar intacta la imagen de Dios que había recibido.

CAPÍTULO XIII

Conservad también vosotras, hijas mías, esta imagen; seguid los preceptos de la Escritura, que dice: *Que toda boca permanezca cerrada* (Romanos, III, 19). *Bienaventurado el varón al que tú adoctrinares, Señor, y enseñares tu ley* (Salm., XCIII, 12). El Señor, que es bueno, adoctrina y enseña y, con frecuencia, reprende; pero también al que reprende le hace dichoso, pues *es bienaventurado el hombre al que reprende el Señor* (Salm., XCIII, 12). Así, pues, no

rehuyas sus reproches, porque son de amor y de gracia. El hierre, en efecto; pero, como es buen médico, cura con sus propias manos (Deut., XXXII, 39). *Siete veces te libra de tus necesidades, y en la séptima no te tocará el mal. En tiempo de guerra te separa el peligro de las armas y te oculta del látigo de la lengua* (Job, V, 19 y sigs.). Mas si creyeses que no debe rebajarse a nadie, no temerás los ataques de la lengua ajena.

Magníficamente representó las murmuraciones de los maldicientes con la palabra, látigo de la lengua, pues su chasquido se oye de lejos. Del cual, queriéndonos separar, el apóstol San Pedro nos aconseja que no devolvamos mal por mal ni maldición por maldición (I Ped., III, 9); más bien, cuando se habla mal de nosotros, devolvamos la gracia de la bendición. Y por eso dice el salmista: *Refrena tu lengua del mal* (Salm., XXXIII, 14), como del látigo de la lengua, y no temas el sonido de las palabras si tu conciencia está limpia; pero como hay muchos que se ceban no en criticar los vicios, sino las virtudes, más vale que reprendan lo que es digno de alabanza que no que encuentren materia de murmuración en faltas reales.

Pero, lo que es aún peor, no solamente somos azotados por el látigo de la lengua ajena, sino también por la propia, y éstos son golpes peores, como cuando pecamos por el excesivo hablar. ¡Oh virgen, guarda tus caminos para que no faltes con la lengua! (Salm., XXXVIII, 2). Y aun el hablar de cosas buenas es causa de pecados en la virgen. ¿Y cómo te llamará la atención que se exija esto de la virgen, si se recomienda a la mujer en general que aprenda en silencio? (I Tim., II, 11). Bueno es el pudor realzado por el silencio. Susana se hallaba en peligro y, con todo, callaba (Daniel, XIII, 35) para que hablase con más vehemencia su silencioso pudor. Al fin, encontró la honestidad un defensor que vindicase su castidad. De Susana puede muy bien decirse que el Señor la escondió del látigo de la lengua.

Mas, ¿qué decimos de mujeres? José se calló cuando fué acusado (Gén., XXXIX, 20), para defender mejor con la inocencia que con la lengua; se calló Daniel, más prudente que todos, y cerró la boca de los

leones (Dan., XIV, 29 y sigs.). Por eso dice muy bien el santo rey David: *Puse un candado a mi boca cuando se enfrentó conmigo el pecador* (Salm., XXXVIII, 2).

¿Qué querrías decir al hablar? ¿Temes, acaso, que callando se crean las cosas que te achacan? Pues escucha a Job, muy buen maestro, que dice: *Me río de los oprobios y no hablo; hablaré, y nunca tendrá lugar el juicio* (Job, XIX, 7); es decir, ¿que hay un criminal que lanza contra ti improperios? Tienes motivo para reírte, si tu conciencia no reconoce el crimen. ¿Por qué, pues, has de replicar palabras con palabras? Aun no ha llegado el juicio y, aunque vociferes, no se anticipará. Te esperan en este mundo muchos combates.

Job había superado lo acerbo del dolor: había vencido, más aún, había reprimido la gran amargura del llanto en la pérdida de las heridas; se añaden a las llagas de su cuerpo los insultos de su mujer, y ni siquiera éstos sintió. Todavía le quedan reservadas las recriminaciones de sus amigos como última lucha. Había luchado con el afecto paterno (Job, I, 18), había luchado con los dolores del cuerpo y con la enfermedad (Job, II, 7): le convenía arrostrar además las tentaciones de la murmuración.

CAPÍTULO XIV

Así, pues, cuando vieres que una viuda está apurada para sufragar gastos o por las calamidades de los hijos, o que muere el hombre justo o es molestado con injurias, no juzgues por estas desgracias terrenas de su virtud o te imagines que ha sido abandonado por Dios. Aquí, en efecto, luchamos; pero en otro lugar seremos coronados. No hablo de mí, hablo en general de todos los hombres. Pues, ¿de dónde a mí tanto honor, a quien la indulgencia le sirve de recompensa? Este mundo es el lugar de la lucha; allí en el cielo se reparten las coronas; aquí es lugar de milicia, allí se nos da la paga. Así que mientras vivo en este mundo lucho todavía, aun juego mi suerte, todavía soy empujado para

caer; pero es poderoso el Señor para recibir el golpe, fortalecer al que está para caer y levantar al vacilante. ¿Por qué te admiras, pues, que haya quien esté fatigado? Mientras vivimos en este mundo no faltará guerra, no habrá corona. Nadie será justificado sino el que perseverare hasta el fin, para que después pueda ser coronado el que legítimamente hubiere combatido. ¿Quién más fuerte, quién más dichoso que San Pablo? Pues bien, aquel vaso de elección del Señor no se adjudicó la corona antes de terminar del todo el certamen. *He corrido bien la carrera, he llegado a la meta, guardé la fe; lo que me resta es que el Señor me dé la corona de justicia que me tiene reservada* (II Tim., IV, 7-8). No sólo a sí dice que se la va a dar, sino a todos los que aman la venida de Cristo, pues nadie corre hacia el juicio sino el que está seguro de su inocencia o que confía de su trabajo, al cual han de otorgar la paga o la gracia del Señor o las piadosas luchas de Cristo.

Esta prerrogativa tendrá, seguramente, la viuda que hubiere educado bien a sus hijos, y se congratulará en ellos; pero mucho más la viuda que, como ésta, consagró al Señor todos los hijos que de El recibió. Por eso fué también antepuesta a los ricos aquella viuda del Evangelio (Luc., XXI, 4), no sólo porque depositó en el gazofilacio todo cuanto poseía para servicio de los pobres, sino también fué alabada por el Señor porque echó dos piezas de cobre, es decir, una fe perfecta. Finalmente, también el samaritano entregó dos monedas al mesonero para curar al que había despojado y herido por los ladrones (Luc., X, 35). Así, pues, la viuda Juliana conseguirá en el juicio divino la recompensa de su fe, pues no se reservó para su sustento nada terreno; al contrario, todo lo empleó en obsequio del Señor: incluso hizo la donación íntegra de su piadosa prole, y con el esmero que puso en la educación de sus hijos imitó a los dos más nobles ejemplos de ambos Testamentos: a María, hermana de Aarón, en su virginidad, y a María Santísima, Madre del Redentor, en su integérrima pureza.

Ahora te ruego, Señor, Pontífice eterno: vela sobre esta casa; sobre estos altares, que hoy te consagramos; sobre estas piedras espirituales,

en las cuales individualmente se te dedica un templo vivo; oye las oraciones que tus siervos te dirigen unánimes en este lugar santo y recíbelas misericordioso.

Que todo sacrificio que aquí se te ofrezca, con plena fe y piadoso celo, suba a tu presencia en olor de santidad. Y cuando mires a aquella Hostia de salvación, por la cual se borra el pecado del mundo, veas también estas ofrendas de la castidad inmolada y veles por ellas con tu constante protección, para que se conviertan en hostias aceptables en olor de suavidad, para que agraden a Cristo Nuestro Señor, y te dignes conservar íntegros su espíritu, su alma y su cuerpo sin pecado hasta el día de tu Hijo Jesucristo.

INDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	3
TRATADO DE LA VIRGINIDAD	
Capítulo I	7
” II	8
” III	10
” IV	11
” V	13
” VI	14
” VII	16
” VIII	18
” IX	20
” X	22
” XI	23
” XII	25
” XIII	27
” XIV	30
” XV	32
” XVI	33
” XVII	35
” XVIII	37
” XIX	40
” XX	42
«EXHORTATIO VIRGINITATIS»	45
Capítulo I	49
” II	51
” III	52
” IV	54
” V	56
” VI	58
” VII	61
” VIII	63
” IX	65

	Págs.
” X	67
” XI	70
” XII	72
” XIII	73
” XIV	75